

PALABRAS

DEL EMBAJADOR DE ESPAÑA

EN COLOMBIA

Palabras del Embajador de España en Colombia, Excelentísimo Señor Doctor José Miguel Ruiz Morales, en la cena ofrecida en Bogotá, el 9 de mayo de 1969, a la Junta organizadora del Sesquicentenario de la Campaña Libertadora de 1819.

Señor Ministro, Presidente y Señores miembros de la Junta del Sesquicentenario:

Este ágape que ofrece a ustedes el Embajador de España y sus colaboradores, es un pequeño prelude al gran homenaje que mi patria, muy complacidamente, tributará a Colombia en el año 150 de su independencia, con la venida de treinta cadetes de academias

militares, tres generales, misión militar que presidirá una alta personalidad aún no precisada —por la necesidad de acoplar algunos nombres ilustres con calendarios ya comprometidos— y otras figuras más, entre ellas el Director del Instituto de Cultura Hispánica, Don Gregorio Marañón, de preclaro nombre y muy estimado en este país.

Al anunciárselo a ustedes, querría desde ahora, señores de la Junta, rogarles deparen a esta delegación de nuestra intelectualidad y nuestra mocedad militar el recibimiento característico de la hidalguía y de la nobleza de sentimientos de Colombia, muchas de cuyas más esclarecidas mentes han proclamado con orgullo ser la más española de las repúblicas hispano-americanas.

Y a fé mía que lo es, pues, ¡cuántas veces recorriendo Colombia me ha parecido encontrarme en Andalucía, en Extremadura o en Canarias! Por la arquitectura, por el seseo del habla, por la suavidad en el ademán ¡He de reconocer que nosotros los castellanos somos más bruscos y secotes, como la Meseta que nos vio nacer!

Si para algunos, 1969, puede ser la conmemoración de una guerra que nos separó, para nosotros —quiero insistir en esto— es la conmemoración del nacimiento de un país hermano, pues hablamos la misma lengua, somos herederos de la misma cultura y nos inspiramos en la misma concepción del derecho y de la convivencia.

Aquí, en esta misma sala, he oído infinidad de veces el comentario de los colombianos sobre su ida a España, cómo se sienten en su casa; al volver por ejemplo, del resto de Europa sumergidos en lenguas extrañas, de pronto, pasan los Pirineos y están ya en Colombia. Sí, América empieza en los Pirineos.

Nadie en España habla mal de ninguna república hispanoamericana, todos son —por parte española— deseos

—ya desde la Monarquía— de acercamiento, de amistad, de colaboración en el desarrollo, de unión (como afortunadamente lo he comprobado en mi vida diplomática, en la O.N.U., en la U.N.E.S.C.O., en el Fondo Monetario Internacional y en el Banco Mundial). ¡Mi orgullo —bien legítimo orgullo, que es también de ustedes— de oír resonar hace un año en Nueva Delhi, a miles de kilómetros de España y de aquí, casi en los antipodas de Chile, en aquella inmensa sala hindú donde sesionaba la U.N.C.T.A.D., nuestra sonora habla de Castilla, nuestro común idioma, ese gran tesoro de que somos servidores, y que halla aquí, en la Academia Colombiana, uno de sus más celosos guardianes!

Hubo, sí, una guerra hace 150 años. Particularmente dura en lo que fue Capitanía General de Caracas de la que se dijo entonces: "tres siglos de paz y tres años de infierno" ¿Cómo es posible que esos tres años (1810-1813) puedan sobreponerse a tres siglos (1510 a 1810) fecundos, en que fue lentamente sedimentándose el germen de un Estado joven y moderno como la vecina República? ¿Cómo muchos, aún recaltrantes, no les violenta esa absurda subversión de valores, esa descompensación de etapas históricas?

Somos todos continuadores de casi un medio milenio, repito, casi 500 años de cultura común, de los cuales —atención— 150 años de vida independiente hispanoamericana, en los cuales no han venido de España ni Virreyes, ni Visitadores, ni Vedores, ni Oidores, ni Presidentes de Audiencia, ni Capita-

nes Generales. Es pues sorprendente y casi increíble la perdurabilidad de la semejanza entre nuestras maneras de ser.

Desde 1881, solo hay aquí en Colombia, procedentes de España, primero Ministros residentes, luego Embajadores, aparte Cónsules y Vicecónsules. Exactamente igual que más de cincuenta de otros países miembros de la comunidad internacional que están en la lista diplomática de Bogotá, que elabora nuestro querido amigo el Embajador, Hernando Manrique. Jurídicamente lo mismo que la China de Formosa, la R.A.U. o la de Rusia soviética.

Y sin embargo, ¿por qué un Embajador de España se siente siempre tan feliz en Colombia? Porque, aún con ese Status de Derecho Internacional indiferenciado, yo me creo aquí como en mi país, rodeado de la amabilidad de todos ustedes, que con justa razón tienen fama de ser receptivos y abiertos, y muy especialmente para las cosas de España.

España quiere, mi Gobierno quiere, todos los españoles queremos que ese foso que pudo abrirse de 1810 a 1835 en que las cortes españolas autorizaron al Gobierno de Isabel II a reconocer a las jóvenes repúblicas americanas, quede definitivamente cerrado.

Por parte de España, hace muchos decenios que así es. Para mí ello es particularmente preceptivo puesto que estoy aquí, y mi homólogo el ex-Presidente doctor Guillermo León Valencia está en Madrid, en virtud de un Tratado de Paz y Amistad de 1881 según el cual se empezaron a acreditar en-

viados diplomáticos, y ese Tratado básico que hoy sigue en vigor y nos debe pues obligar a todos, dice textualmente: "Habrá olvido de lo pasado".

Mas, como es lógico, no hay que recurrir a este fundamento legal, con ser importante, para lograr lo que es obvio que espontáneamente ofrece el ambiente cordial y comprensivo que aquí se respira.

* * *

Rubén Darío pasó su juventud en su Patria, Nicaragua, dedicado a una ocupación que entonces —y todavía, por desgracia, en algunos sectores, aunque cada vez menos— pagaba grandes dividendos, que era denigrar a España, hablar mal de nosotros.

Hubo luego de marchar a España y pensó que con aquellos antecedentes, se le recibiría mal. Se quedó atónito cuando vio que se le acogía con cariño, con calor de Patria común, y al poco tiempo los españoles nos enorgullecíamos de esa gloria universal de nuestras letras.

Entonces Rubén, noblemente cambió, con aquel peculiar apasionamiento tan suyo y tan atractivo, y todos ustedes conocen sus textos espléndidos de exaltación hispánica.

* * *

España va a enviar a Colombia, señores de la Junta del Sesquicentenario, a las fiestas de sus 150 años, casi medio centenar de hombres; altas figuras de ese idioma, y esa cultura que son acervo de nuestros 21 países, mili-

tares de alta graduación y 30 jóvenes cadetes, futuros mandos del Ejército de España.

Como mandó también misiones civiles y militares a conmemorar —entre otras— la Independencia Argentina de 1810 y la Batalla de Maipú que, al mando de San Martín, selló en 1818 la Independencia de Chile, o a Lima, al centenario de la Batalla del Callac (2 de mayo de 1766).

Hace unas semanas tomé esta fotografía en el obelisco situado en la Cima de la Libertad, en el Pichincha, que domina la bella ciudad, tan hispánica, de Quito.

“Homenaje del pueblo ecuatoriano al heroico soldado español” “24 de mayo de 1822”, es decir, la batalla de Pichincha, de donde arranca la emancipación de la República del Ecuador.

En la Biblioteca Nacional de Madrid, a 200 metros de mi casa, hay una lápida, junto a la estatua del gran polígrafo Menéndez Pelayo, que dice:

“Perpetuo desagravio de la Madre España a la memoria del inmortal neogranadino, Francisco José de Caldas, (murió el 29 de octubre de 1816). En el 108 aniversario de su muerte”.

Y esto, en el epicentro de la cultura española, en la Biblioteca Nacional, Paseo de Recoletos.

Lápida inaugurada, pues, en 1924 (me acuerdo —yo era niño— de la fotografía en el “ABC”) por el propio Alfonso XIII, descendiente puro de Fernando VII, el “Deseado”, por el que vertieron su sangre tantos miles de

españoles y de hispanoamericanos y cuyo reinado no estuvo, por desgracia, a la altura de la singular exigencia de los tiempos, pues fue símbolo, torpemente encarnado, de esa unidad de los pueblos hispánicos que ahora reverdece con las integraciones, que son, claro está reintegraciones.

Bueno es recordar a ustedes, que en la Ciudad Universitaria de Madrid ya hay, inaugurada hace pocos años, una estatua ecuestre del General San Martín y, desde hace más de un año, pendiente de ocasión propicia para su inauguración, otra de Simón Bolívar.

* * *

Por eso resulta desconsolador comprobar, dado el rumbo que hoy lleva la historia, que entre las muy interesantes informaciones difundidas sobre la Campaña Libertadora de 1819, por desgracia se deslicen expresiones poco en consonancia con el clima de amistad felizmente reinante hoy entre los dos países, protagonistas de una epopeya que debía ser investigada y narrada con un criterio fraternal y con visión de futuro.

Yo quisiera señores, pedirles, rogarles, que la Junta haga todo lo posible para que los órganos de información se atengan a la consigna que el otro día tuve el honor de escuchar en la Escuela Militar de Cadetes, al señor Presidente de la República, doctor Carlos Lleras Restrepo, impulsor de tan fecunda obra de gobierno y a quien en España admiramos y queremos desde su inolvidable viaje en 1966 cuando era Presidente electo y España le re-

cibió con todo el afecto que se debe al Jefe de un país amigo y que es, como digo, tradicional con todo hispanoamericano.

“Rindamos culto a los héroes”, vino a resumir el Jefe del Estado colombiano al exaltar la campaña militar que iniciada en los Llanos de Casanare y a través de mil penalidades y combates, terminó el 10 de agosto de 1819 con la entrada a Santa Fé.

Solo caben —en efecto— hechos heroicos si los combatientes se enfrentan contra adversarios igualmente heroicos. Por esta vía se recupera además, la noble tradición hispánica, única en la historia, según he oído proclamar a un eminente arabista, de enaltecer al ri-

val al mismo tiempo que se lucha contra él; como aquellos romances moriscos o fronterizos del siglo XV en que los guerreros castellanos, valientes y señores, ennoblecían al caballero zegrí o abencerraje, el del otro lado de la frontera militar en la Vega de Granada.

Nada más, señores; les pido pues, encarecidamente, que desde ahora con dos meses de anticipación, preparen con el viejo señorío de esta noble tierra e inspirados en la perdurable amistad entre Colombia y España, la bienvenida a esa misión española que al asociarse a las fiestas del Sesquicentenario, quiere saludar otra vez con júbilo, a los 150 años de su natalicio, a una querida nación hermana.

